

PORQUE TE EDUCO, (ME) ARRIESGO

Colección
«Educación»

Jesús García García

PORQUE TE EDUCO,
(ME) ARRIESGO



Ciudad Nueva

© Jesús García García

© 2017, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

Edición: *Javier Rubio*
Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

ISBN: 978-84-9715-380-5
Depósito legal: M-22.513-2017

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Un cuento esquimal explica así el origen de la luz:
«El cuervo, que en la noche eterna no podía encontrar
alimentos, deseó la luz y la tierra se iluminó». Si hay
verdadero deseo, si el objeto del deseo es realmente la
luz, el deseo de luz produce luz. Hay verdadero deseo
cuando hay esfuerzo de atención.

Aunque los esfuerzos fuesen durante años
aparentemente estériles, un día, una luz exactamente
proporcional a esos esfuerzos, inundará el alma. [...]
Cada esfuerzo añade un poco de oro a un tesoro que
nada en el mundo puede sustraer.

Simone Weil, *A la espera de Dios*

A María José, mi esposa;
luz, ejemplo y aliento para mi vida
y para mis sueños educativos

A modo de introducción

*Cada otro, cada adversidad
me interpela
a mí,
que me apasiono,
me hiero, me envilezco,
me detengo, me encaramo.
Y veo en la penumbra.
Es cierta su regla de oro:
hay más alegría en dar que en recibir.*

Claudio Guerrieri

Acabé ilusionado mi licenciatura en Historia del Arte, hace ya más de tres décadas. Tras las vacilaciones propias del momento, me ofrecieron trabajo en un Centro de Formación Profesional como profesor de asignaturas de la denominada «formación humanística». El plan era perfecto: podía enseñar lo que me gustaba, podía seguir mi gran ideal, mi gran sueño: enseñar Humanidades. A los pocos meses desperté del sueño. A mis alumnos no les interesaba en absoluto aquello que a mí me entusiasmaba.

Lo resumo rápidamente. El idealismo por *enseñar* Arte, Historia o Lengua Española se transformó en desengaño ante repetidos intentos (frustrados) por motivar a los alumnos. Me di cuenta de que sabía enseñar (quizá), pero educar era otra cosa mucho más profunda y compleja, y necesitaba una formación de la que carecía. El *desinterés* de mis alumnos por lo que yo trataba de explicar no provenía exclusivamente de esa desvergonzada indolencia que se suele achacar a los adolescentes; puede ser que algo de ella hubiera, pero no lo era todo.

Conforme iba conociéndolos, se hacía cada vez más evidente la constatación de que nadie, o casi nadie, les había dado los recursos necesarios para afrontar sus estudios de forma adecuada, eficaz y práctica.

«Todo el mundo quiere vivir en la cima de la montaña, sin saber que la verdadera felicidad está en la forma de subir la pendiente» (Gabriel García Márquez).

La búsqueda de algunas *técnicas* para proporcionarles recursos en su aprendizaje me obligó a entrar en un proceso formativo con el que adquirir el uso de dinámicas educativas y didácticas. Como licenciado en Humanidades carecía de esa formación, y no la suplía ni mi buena voluntad ni mi entusiasmo. Es más, me di cuenta de que esa carencia didáctica entorpecía seriamente mi relación con los alumnos, si no la deterioraba.

Ahí descubrí un panorama desconocido hasta entonces que paulatinamente me iba atrayendo y conquistando.

do. También ahí empezó un éxodo vital y profesional de profesor de Historia del Arte a especialista en formar alumnos, padres y profesores. Un fatigoso itinerario que me llevó a descubrir mi auténtica vocación; una fascinante y enriquecedora travesía que me ha traído hasta aquí hoy.

Más de tres décadas han transcurrido desde entonces. El viaje me ha conducido al convencimiento vital y práctico de que el anhelo por educar se puede quedar en nada, o casi nada, si no va acompañado de una precisa y determinada decisión de ayudar concretamente a los otros, sean alumnos o hijos. Tal ayuda debe plasmarse en dinámicas eficaces y específicas. De lo contrario solo hay intención, pero nada más. Este convencimiento –quienes me conocen saben que lo repito como un mantra– me lleva continuamente a afirmar que *lo que no ayuda no educa y lo que no educa no ayuda*.

Hace años empecé ese recorrido vital del que estoy hablando. Desde entonces he encontrado muchos padres, profesores y educadores en general con los que he compartido etapas más o menos largas de su aventura educadora. Nos hemos conocido, hemos sufrido y soñado juntos (y lo seguimos haciendo) y nos hemos hecho amigos de viaje. Pero sobre todo me he encontrado conmigo mismo, como padre y como educador. Un encuentro a veces grato, a veces desconcertante, a veces frustrante, a veces exitoso; y siempre con el impulso por mejorar.

Los invito a que se asomen a estas páginas y se sumen a tantos y tantas compañeros de travesía que nos acompañan desde hace años. El hecho de haber abierto este libro es señal de que han aceptado la invitación. Y les estoy enormemente agradecido.

Sevilla, primavera de 2017